

ROMANCE

EN CARTAGENA DE INDIAS



FERNÁN ESPINOSA TÁMARA



**ROMANCE
EN CARTAGENA
DE INDIAS**



FERNÁN ESPINOSA TÁMARA

Romance en Cartagena
de Indias



Mendoza - Argentina

Espinosa, Fernán

Romance en Cartagena de Indias. -1ª ed. - Mendoza: Bruma Ediciones, 2014
E-Book.

ISBN 978-987-45255-3-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 21/05/2014

Diseño de tapa e interiores: Carolina Suarez

© Bruma Ediciones

Mendoza, Argentina.

e-mail: brumaediciones76@gmail.com

tel.: 54-9-261-155152414

<http://brumaediciones.wordpress.com/>

<http://brumaediciones76.wix.com/brumaediciones>

Fotocopiar libros está penado por la ley. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

ISBN edición digital (pdf): 978-987-45255-3-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina



Fernán Espinosa, nació en Corozal, Costa Caribe Colombiana, es odontólogo egresado de la Universidad Nacional de Colombia; estudió además literatura hispanoamericana e historia y análisis del cine. Ha sido finalista del Concurso internacional de novela “Territorio de la Mancha” en el año 2006 y del Concurso “La ciudad jamás contada” patrocinado por el diario El Tiempo de Bogotá, en el año 2008.

Ha publicado dos novelas; MI VIDA POR UN LIBRO en el año 2001 y ODIO EL ONCE DE SEPTIEMBRE en el 2009; en ROMANCE EN CARTAGENA DE INDIAS, su tercera novela, aborda la historia de una larga experiencia de amor entre un hombre y una mujer, cuyas vidas se mantendrán en vilo, entre los sueños y una realidad que al final los llevará a elegir el amor como su salvación.



Capítulo

Desde el mismo día en que supo que el príncipe heredero de una de las coronas europeas se casaría en la próxima primavera, su vida se transformó en una marejada intensa; como tantas otras veces se había trastornado, por los sucesos lejanos o cercanos que habían ocurrido desde todos los tiempos en Cartagena de Indias.

Adalgisa Navarro Del Villar y Carmona, nació en Cartagena de Indias el catorce de abril de mil novecientos cuarenta y uno. El mismo día en que nació en una plantación de té, en Assam en la India, una legendaria princesa de origen británico, que muchos años después sería recordada para toda la vida como la inolvidable amante abandonada de una película de amor que sería un fenómeno de taquilla universal. Esa singular coincidencia sería un estigma perseverante a través de toda su existencia, agobiada siempre por la estela inquietante de sucesos de todos los personajes famosos que han transitado en todo el mundo, en la



época contemporánea.

A pesar de tener una estatura por encima del promedio de las mujeres de la época, unos cabellos largos de color castaño claro y una piel no quemada por el sol, distaba mucho de parecerse a la amante abandonada. Pero fue tanto el impacto que recibió a los veinticinco años cuando se enteró de la feliz coincidencia, que desde ese momento decidió ser rubia para siempre. Incluso en mil novecientos sesenta y siete cuando se decidió convocar a todas las mujeres que se parecieran a la princesa abandonada para escoger la versión nacional, decidió inscribirse y si no fuera por la sensatez de su madre, Alejandra Del Villar, seguramente hubiera concursado.

Ahora, a los sesenta y tres años cumplidos y con un noviazgo estático de treinta y cuatro, recibía la noticia de la boda en plena etapa serena de su vida, con la convicción de que su existencia seguía siendo paralela a las vidas de los personajes que han marcado para siempre la historia social del mundo.

Vivió siempre donde nació; en un lugar de la isla de Manga, casi equidistante entre el caño Bazurto y la espléndida bahía;



azotada desde niña por las brisas calientes del mar y los vientos serenos de la ciénaga. Sus padres, Antonio Navarro y Alejandra del Villar, hicieron parte del grupo de cartageneros que decidieron conquistar antes de la mitad del siglo veinte la distante y temerosa isla de Manga, que para esa época era una selva de manglares solo visitada por las brisas y pescadores atrevidos. El mismo Antonio Navarro, evocando sus tardes de juventud, decía que parecía una porción de tierra ahogándose en el mar muy lejos del recinto amurallado y que llegar a ella era cuestión de titanes, atravesando la laguna de San Lázaro, antes de que se construyera el Puente Román. Antes de morir en forma repentina y cuando aún estaba en plena madurez, paseaba todas las tardes por las laderas del Fuerte del Pastelillo, cuando el sol bajaba la guardia y se empezaban a reflejar las luces doradas de Cartagena en la bahía y alcanzaba a mirar todos los techos y balcones que sobresalían por encima de las murallas del nostálgico sector de Getsemaní y hasta aseguraba ver la cúpula de la iglesia de San Pedro Claver.

Adalgisa, lo recordaría como un hombre despreocupado, que siempre le interesó más la parranda con un grupo reducido



de amigos, que la misma vida y la familia. Sobre todo fue muy notoria su antipatía por los eventos y compromisos sociales, que siempre evitaba. Adalgisa se percató de ello muy temprano y empezó a esconder su nostalgia monárquica que tenía despierta desde el día en que la llevaron a conocer a la abuela y a la única tía en un pueblo que distaba más de tres horas de Cartagena, en las llamadas Sabanas de Bolívar.

La tía Emperatriz había sido designada reina de los juegos florales en un pueblo de la Sierra Flor y debía representar a toda la región en los carnavales de Barranquilla. En aquella tarde memorable para los recuerdos de Adalgisa desfiló en una carroza gigante construida en la carrocería de un camión de carga simulando una barca gigante de velas blancas, navegando en un mar agreste y con polvareda, de donde emergían una docena de sirenas imperturbables que saludaban siempre a la reina del mar. Para su madre, Alejandra Del Villar, los reinados y todas las parrandas eran sinónimo de vagabundería y holgazanería y a pesar de que se había casado con un tipo parrandero, nunca compartió las frivolidades de la vida y de los festejos populares. Sin embargo no se opuso nunca al reinado de su hermana porque



en el fondo quería que se casara con el patrocinador del evento, un ganadero potentado de la región que tenía una fama bien cimentada en toda la sabana de ser un conquistador de almas y comprador de corazones.

Desde ese momento inició su vida solitaria en medio de todos los que la rodeaban; viviendo al compás de las vicisitudes y las veleidades de los personajes que empezó a conocer y a imaginar por medio de periódicos y revistas y a través de la radio y de cuanto medio estuvo a su alcance. Eran los tiempos dorados de la radio cuando todo lo que se vivía y se oía y hasta los dictámenes de la vida, eran regidos por estos aparatos que casi siempre eran de color oscuro y que ocupaban la parte más importante de la casa. Cuando cumplió quince años y empezó su despertar al mundo de los sueños pasionales, también empezó su sufrimiento al no poder tener siquiera la dirección a donde poderle escribir a Porfirio Rubirosa, el famoso play boy dominicano, de quien se había enamorado locamente, desde que lo vio de la mano de una de sus tantas mujeres, en una de las tantas revistas que hojeaba todos los días. Una noche cualquiera en medio de su frenesí reprimido se levantó ensopada por el calor



inclemente de marzo, se bañó con agua fría, se envolvió en una toalla suave y se asomó al espejo de cuerpo entero y empezó a descubrir y a palpar los contornos perfectos de su anatomía íntima. Se refregó muchas veces la toalla y las manos por todos los vericuetos de su cuerpo y cayó luego en un estado de sopor, apabullada por la evidencia de no tenerlo.

Su madre murió cuando ella tenía veinticinco años, un año después de la muerte de Antonio y su única hermana Marlene, que estudió desde muy joven en Bogotá decidió no volver a vivir en Cartagena cuando se enamoró de un hombre del altiplano.

Se quedó sola en la casa morisca de la isla de Manga, con un patio adornado todo el año con enramadas de trinitarias que ayudaban a mitigar el verano eterno y con un camino entre azucenas y lirios que conducía a un pequeño huerto de limonares, cuyo aroma llegaba en todas las estaciones del año a la casa de su vecina y gran amiga, Margot Cervera. Ahora, casi cuarenta años después, la casa sigue impávida, resistiendo el acoso del salitre y los sofocos de todo el año;



con los mismos azulejos que encargó Alejandra del Villar para decorar la sala y el comedor y con los mismos arcos y balaustradas de su diseño original. Con los mismos muebles virreinales y las fotografías antiguas de todos los antepasados y de otras personas que según Adalgisa, se habían ganado el puesto en la sala de la casa. La imagen de la Virgen de la Candelaria tampoco ha cambiado de puesto; sus ojos esperanzadores siguen el devenir de la casa desde siempre y solo el dos de febrero es bajada de su pedestal y se le prenden las velas necesarias para pedirle su protección.

Durante los últimos treinta y tres años ha visitado la casa Fulgencio Angelloni, el hombre de quien Adalgisa ha vivido enamorada gran parte de su vida y con quien algún día pensó casarse. Siempre ha llegado a las cuatro de la tarde, cuando el sol y el calor empiezan su retirada y el rescoldo de la tarde inicia una etapa de quietud en medio del sopor diario. En otros tiempos la visita tenía visos de ritual y el amor que supuestamente se profesaban se sentía en el ambiente, impregnando todo el entorno posible de un romanticismo para muchos anticuado, pero palpable. Con el pasar de tantos años era como la rutina desesperada de dos seres que nunca



han decidido juntarse pero que siguen juntos en una extraña convivencia, que ha sido causa de desvelos para los habitantes de aquel sector de Cartagena que durante muchos años se trasnocharon por conocer el final de aquel romance singular.

—Son como raros—, era el calificativo más frecuente que encontraba el pueblo para aquella situación que últimamente se fue diluyendo en las memorias cambiantes de tanta gente que ha transitado por la historia apasionante de Cartagena de Indias.

Un día de noviembre del año dos mil cuatro, Fulgencio recibió la noticia de la boda del príncipe heredero a la una de la tarde, en pleno almuerzo y aunque su naturaleza un poco distante no estaba diseñada para padecer los avatares de tanto compromiso social, estaba seguro que por la noche Adalgisa en la visita rutinaria le contaría con lujo de detalles los pormenores felices del acontecimiento.

Hizo un alto en el almuerzo, mientras Celinda su empleada de confianza por más de veinte años, le dibujaba toscamente las peripecias de la boda. Cerró los ojos por un instante y vio



a Adalgisa atravesar serena e imperturbable la puerta que daba al jardín de lirios y azucenas envuelta en una bata de seda blanca que le cubría graciosamente su cuerpo recién envejecido y con una sonrisa plácida, como si la boda fuera la de ella. Se desvaneció impregnando el ambiente de una felicidad tranquila portadora de buenos augurios.

Cuando llegó a la casa de Adalgisa a las cuatro de la tarde, como era su costumbre, encontró un aire nuevo que invadía sutilmente el ambiente y que corroboraba que aquella casa había empezado a cambiar con la noticia de la boda. Del fondo venían unos olores a papeles viejos removidos recientemente y unas cajas ordenadas en estricta secuencia cronológica se aprovechaban del último rescoldo del día, oreándose en el corredor trasero, el que da al cuarto de los recuerdos.

Era indudable que había empezado a remover todos los recuerdos de aquel cuarto que era como parte de su vida misma. Por la noche antes de la cena vieron en todos los noticieros la imagen monumental del príncipe cuando se inclinaba reverente ante su futura esposa. Durante el día,



Adalgisa empezó a reunir los fragmentos perdidos de su memoria y a recomponer en el impresionante disco duro de su anecdotario todas las imágenes posibles de todas las bodas de príncipes y reyes, que recordaba desde que tenía uso de razón.

En realidad Fulgencio hacía rato había perdido la costumbre de ver televisión o leer periódicos o revistas. Adalgisa en medio de la visita le contaba, poseída por su fiebre de narradora, todo lo que acontecía y estaba por acontecer en Cartagena y en todo el mundo y sus alrededores. Se sentaban de frente y ella dirigía su mirada hacia la inmensidad de la bóveda celeste como revestida de un poder celestial y contaba horas enteras, con las manos aferradas a la mecedora momposina, dibujando los personajes con todos los colores posibles que habitaban en su memoria prodigiosa.

Los que no la conocían a fondo decían que parecía loca y Margot que la conocía tanto, siempre estuvo preparada para una posible enajenación repentina. Aunque el paso de los años le enseñó que aquella mujer cuya vitalidad la



sorprendía cada día más, tenía una lucidez extrema que manejaba a su antojo.

Margot siempre había sido su amiga y ambas, desde que se conocieron en la escuela primaria, habían compartido toda una vida de soledad y de compañía, aunque sus temperamentos se apartaban en muchos casos con respecto a la vida misma. Cuando niña, Adalgisa llegaba a la escuela con recortes de periódicos de otras épocas mostrando fotografías borrosas que solo ella veía, asegurando que eran sus antepasadas que habían sido reinas de belleza en el siglo pasado. Solo Margot fingía creerle por el aprecio que siempre le tuvo. Las demás no se burlaban por respeto pero quedaban convencidos de la locura temprana de Adalgisa.

Ambas perdieron a sus padres tempranamente y ambas se quedaron solas en sus casas grandes de la isla de Manga, rodeadas de jardines fragantes, árboles de tamarindo, naranjales robustos y muy pocos sirvientes que figonearan sus vidas. Incluso, con el pasar de los años, solo necesitaban disponer de una mujer para que barriera los patios y los pisos y mantuviera limpios los muebles virreinales heredados de



todas las generaciones anteriores. De la cocina y las labores más íntimas se encargaban personalmente.

A Margot poco le importaban los personajes famosos del mundo y los consideraba seres utópicos e irreales que nunca estarían al alcance suyo ni de ningún mortal; sin embargo en medio de su soledad, se divertía escuchando las historias de antología que su amiga le contaba. A pesar de no haberse casado nunca y de no querer hacerlo a estas alturas de la vida, había compartido el lecho en la clandestinidad de sus arrebatos pasionales con hombres que ella escogía y que habían sido sus únicos amores.

Adalgisa, que siempre lo sospechó, nunca se lo preguntó y optó por respetar el gusto pasional de su amiga porque en el fondo no quería conocer cuáles eran esos hombres por temor a reprochárselos. Sabía de su pasión desmedida por los gitanos errantes que venían puntualmente dos veces por año y levantaban su carpa de fantasía en una explanada que limitaba con el caño de Bazurto, acosados día y noche por las hordas de mosquitos que venían de la ciénaga. Sospechaba su ansiedad latente por los hombres con piel de



noche invernal y estatura avasalladora y aunque nunca la sorprendió en medio de un frenesí de locura, no se imaginaba cómo aquella mujer con una piel adorable que se ufanaba de tener sus ancestros en la próspera región de Guijón en el principado de Asturias, pudiera revolcarse en un lecho con un gitano o con un obrero que trabajara en un astillero.

De todas formas decidió desde muy temprana época tender un manto infranqueable a la dudosa vida sexual de su amiga porque tenía la convicción de que aparte de Fulgencio, sería de las pocas personas en el mundo que soportarían la vida artificial en que se desenvolvió desde que tuvo uso de razón y entendió de una vez que su mundo estaba por encima de todos. Si se separaba de ella quizás solo Fulgencio alimentaría su vida y escucharía sus relatos. Nadie en Cartagena de Indias supo las intimidades de muchos acontecimientos que estremecieron el mundo en su momento; a pesar de que en el pasado veleidoso de la ciudad hubo siglos enteros que no durmieron tranquilos, desvelados por los vientos de guerra y posibles ataques de piratas y corsarios. Luego vino una calma republicana que se



extendería por todo el siglo diecinueve, en donde solo se hablaba de un pasado heroico glorioso que quizás no volvería nunca. Solo Adalgisa y su mundo de antología se enterarían de muchos sucesos que en pleno siglo veinte se confundirían con otros tantos sucesos diarios sin importancia.

A sus veintiún años cumplidos contaba durante días enteros los pormenores de aquel trece de mayo de mil novecientos sesenta cuando contrajeron matrimonio en la catedral ateniense de San Dionisio, una princesa con cara de virgen humilde que procedía de los llanos de Ucrania y un apuesto joven con cara de galán legendario de caballerías de la Edad Media; en una boda que sería recordada para toda la vida por todo Atenas, no solo por las cinco salvas de cañón que se oyeron a las nueve y media de la mañana, cuando salió el cortejo real, sino por la lluvia de arroz y pétalos que se desparramó sobre toda la ciudad y los novios a la salida de la catedral.

Hablaba con tal veracidad que los que no la conocían podrían asegurar que estuvo presente en el templo de San



Dionisio, que fue adornado para la ocasión con cuarenta mil rosas. Aseguraba incluso que hubo personas que viajaron desde el otro lado del mundo y pagaron hasta diez mil libras esterlinas para alquilar un balcón que tuviera buena visibilidad. Pero el momento que más le quedó guardado en su mente febril, fue la llegada de miles de monárquicos europeos en los trasatlánticos “Cabo Beltenevros” y “Villa Almería”, que viajaron desde el otro lado del Mediterráneo bordeando el rosario de islas mitológicas que guardan en sus rocas parte de la historia de la humanidad. Los dibujaba perfectamente descendiendo de los yates de lujo con sus atuendos de príncipes y sus aires de superioridad que siempre la desvelaron en medio de su nostalgia monárquica. Soñaría por mucho rato con el yate Minerva, de propiedad del armador Straviarus, en el que realizaron los novios la travesía del amor, incluso se grabó para siempre las escalas que tuvieron en su odisea celestial.

Para esa época aún vivía su madre, que no tenía paz ni sosiego pensando todas las noches que el desquicio de su hija se acercaba. Dormía con la aldaba de la puerta asegurada y con ropa limpia siempre lista al lado de la cama para una



posible urgencia que se presentara a media noche. Se encomendaba a la Virgen de la Candelaria y tomaba infusión de valeriana para dominar los nervios traicioneros. De día la vigilaba muy discretamente tratando de buscar el origen de su locura y cuando Adalgisa le pidió que le cediera una habitación desocupada que había en el fondo del corredor, donde empezaba el jardín de los lirios y las azucenas, pensó que se iba a enterrar en vida como una ermitaña rara o a realizar extraños rituales, provenientes de alguna secta oscura.

Se lamentaba con sus amigas del triste fin que tendría su hija; de su aparente apatía por los hombres y por tener una familia normal. Sin embargo en el momento de morir, Alejandra Del Villar no tenía una prueba en sus manos de la locura real de su hija, y su ataque repentino al corazón la dejó para siempre sin saber el destino final de Adalgisa. Antes de morir vio cómo la habitación del final del corredor se transformaba lentamente en una bodega extraña, llena de recortes de revistas y periódicos de todos los tiempos y hasta llegó a pensar que su hija era una periodista frustrada y le propuso que viajara a Bogotá a reunirse con su hermana, y



matricularse en una facultad de periodismo. Adalgisa nunca le hizo caso y solo conoció Bogotá a mediados de mil novecientos ochenta y uno cuando había arribado a los cuarenta años en plena época de la boda del príncipe de Gales y Lady Diana Spencer. Aquella madrugada, invadida por la euforia, abrió las ventanas del apartamento para mirar la disposición de las estrellas en el momento en que Lady Diana entrara a la catedral de Santa Margarita y la bronquitis crónica que padecería por mucho rato después, la asociaría siempre con el trágico final de aquel matrimonio, y no con el chorro de nieve invisible que heló toda su anatomía.

En esa visita pudo apreciar la belleza serena de su única sobrina, Melissa, que indudablemente aparte de tener unos pómulos pronunciados, no tenía otra característica en común con Meryl Streep, su diva del cine adorada de los años ochenta. Sin embargo un año más tarde, luego del estreno mundial de la película “La amante del teniente francés” le insistiría vanamente a su sobrina que se tinturara de rubio, se dejara crecer el cabello, se lo encrespara discretamente y seguramente sería una doble perfecta de la fulgurante Meryl. Su sobrina nunca le hizo caso, por que al igual que su madre



pensaba que su tía no se había casado nunca por estar esperando a que Marlon Brando o Robert de Niro la vinieran a rescatar en un galeón extraviado, en Cartagena de Indias.

Sin embargo, ambas estaban equivocadas. A pesar de haber vivido toda la vida pensando en la vida de todos los personajes famosos, solo había soñado pasionalmente con Porfirio Rubirosa. Los demás hacían parte de su mundo artificial; de un extraño deleite gozoso; de su nostalgia de grandeza y de sus delirios monárquicos. Siempre pensó que no le hacía daño a la humanidad y que su novio de toda la vida no sentía celos por ningún humano mortal. Cuando tuvo conciencia de las coincidencias felices de su vida, como haber nacido en Cartagena de Indias, de tener tan cerca muchas veces a las estrellas más rutilantes del celuloide en el festival internacional de cine de todos los marzos y abrils de cada año, recapituló sobre su posible soltería. Estaría siempre acompañada por Fulgencio y por toda la estela de sus personajes y viviría para coleccionar sus fotografías y sus anécdotas y tendrían que consultarle por todos los sucesos acaecidos en el mundo y viviría toda la vida en



Cartagena, caminando cuando se le antojara por todas las calles que siempre adoró.

En el barrio del Cabrero, fuera del recinto amurallado, vivía su otra amiga, Regina Segrera y Román, a la que visitaba dos veces por semana preferiblemente al mediodía. Se sentaban desde las once de la mañana resguardadas por las palmeras centenarias a mirar el mar que se entraba por la tarde y bañaba los pisos de la sala y la cocina y seguía muchas veces hasta el patio a encontrarse con las aguas tranquilas de la Laguna del Cabrero, envueltas por el eterno olor a manglares tropicales. Sus antepasados habían pensado mudarse al pie de la colina del cerro de La Popa, que desde siempre se había perfilado como un lugar fresco para veranear, lejos de los calores del sector amurallado. Pero la ausencia de puentes que los comunicaran con la isla, los atemorizaba, por eso decidieron quedarse muy cerca de las fortalezas.

Cuando Adalgisa la visitaba almorzaban sancocho de bagre, acompañado de yucas y trozos de plátano verde, con arroz blanco y una limonada fría para refrescar las urgencias ambientales que a la una de la tarde se tornaban agobiantes.



Regina Segrera y Román vivía en El Cabrero desde que nació, a solo cinco metros de la ermita que construyó en el siglo diecinueve el presidente de la república Rafael Núñez y su familia. Se cuenta entre las primeras que abandonaron el recinto amurallado para respirar mejor el aire puro del mar. Se jubiló tempranamente como contadora en una perfumería y se dedicó a vivir contemplando el mar y a revisar todos los días el álbum familiar con las fotos de varias generaciones de cartageneros ilustres.

Su casa, antes de la decadencia familiar, fue sede de tertulias y reuniones de bohemios que querían arreglar el mundo y convertir a Cartagena como capital alterna del país. Allí muchos encontraron sus amores y sus desventuras; amistades y problemas políticos; diversión y reflexiones tristes. Por la parte posterior se podía entrar fácilmente a los manglares de la Laguna del Cabrero y esconderse en las aguas movedizas, que fluctuaban con la lentitud suficiente para estancarse. Por las noches cuando las luces de los faros de los barcos surcaban el mar para entrar a la bahía. Se reflejaban en las aguas quietas de la laguna, las figuras ambulantes de piratas



y espectros de corsarios que asustaban a los habitantes de las laderas del cerro de La Popa y del Cabrero.

Con los padres de Adalgisa, tuvo una relación afectuosa que la convirtió en asidua visitante de la casa del barrio de Manga y el trueque permanente de recetas de comida criolla y postres, pasó de una simple costumbre a un ritual semanal en que se desplegaban todas las habilidades culinarias para sobresalir y complacer a todos los gustos.

Regina era la única persona que se atrevía a cuestionar la soltería de Adalgisa, revestida de su poder maternal y con la certeza de que sus padres se la habían encomendado antes de su muerte. Una mañana de marzo de mil novecientos ochenta, antes que Adalgisa arribara a los cuarenta años, Regina se sentó en su mecedora cómoda, tendió la vista por encima de las olas que surcaban imponentes en las playas de Marbella y empezó a hablar como poseída de un poder sobrenatural recordándole para siempre su soltería empedernida que la llevaría a una soledad como la de ella, que se la pasaba mirando el mar y fotografías viejas; comiendo pescado ahumado, sin hijos, ni marido; sin nietos,



ni nueras, ni sobrinos; con una casa grande y sola que el viento quería arrasar en las tardes inclementes de todo el año y con la nostalgia eterna de estar esperando visitas y familias inexistentes; inventando muchas veces parientes que no existían y amistades que nunca vendrían.

Habló sin cesar por dos horas como sacando de su intimidad maltrecha por la soledad y los años toda la tristeza acumulada y disimulada en el tiempo, mirándola de soslayo y calibrando en su interior el impacto de su retahíla intencionada; queriéndola sacar del marasmo de su indecisión.

Terminó recordándole el tiempo de felicidad que aun tenía por delante y del desperdicio de su amor por Fulgencio a quién veía con buenos ojos, pero a quién le criticaba su falta de entereza y de osadía para defender el amor y la felicidad. A las doce del día le miró el rostro de frente y le vio las lágrimas silenciosas surcándole las primeras grietas en la piel aperlada por el calor; con un silencio angustiante quemándole la lengua y con unas ganas inmensas de decir muchas cosas.



FERNÁN ESPINOSA TÁMARA

Nunca lo dijo. El tema de su amor estático y prolongado sería desvelo de muchos durante mucho rato, así como lo había sido su pasión exagerada por los seres famosos que deambulaban por la tierra y que vivían latente en el cuarto de los recuerdos de su casa en la isla de Manga.





Capítulo

Los antepasados del tatarabuelo de Fulgencio Angelloni, llegaron a Cartagena de Indias en la segunda mitad del siglo dieciocho, cuando Don Ciro Angelloni y Trucco, ingeniero constructor de fortalezas militares, vino procedente de Génova, solicitado por Juan de Herrera y Sotomayor y Antonio de Arévalo; ingenieros españoles que elaboraron el magno proyecto de reconstruir, modificar y reforzar el trazado original de las murallas y terminar el plan militar para que toda la ciudad quedara bordeada por las fortalezas.

Así de esta forma, Cartagena quedó consolidada como la primera fortaleza militar de España en el nuevo continente y su expansión obviamente limitada por las murallas que bordeaban el mar y las ciénagas aledañas.

Contaban los bisabuelos de Fulgencio que Don Ciro se estableció en una casa de cantería construida en la Calle del Candilejo, con un balcón adornado de enredaderas, desde



donde se podían divisar perfectamente todos los techos de las casas que se encerraron en el recinto amurallado e incluso se convivía de lleno con la torre central de la iglesia de Santo Domingo.

Abandonó para siempre su familia en Italia y se casó con una cartagenera de piel quemada por el sol, a quien enseñó todas las recetas de pastas y ñoquis a la romana. Se entregó de lleno a los amores calurosos del trópico, aburrido de los muchos romances que tuvo con mujeres mediterráneas.

De ahí en adelante vivió para cuidar a su prole y atesorar el patrimonio en las profundidades del pozo vacío que había en la parte más posterior del patio y aunque no le gustaba pararse encima de las murallas, a mirar la línea azul infinita que lo separaba del viejo continente, por las noches antes de dormirse, soñaba despierto con los galeones y veleros que surcaban el mar de regreso a España, cargando todo el oro del mundo.

Desde que llegó, vivió atemorizado por un posible ataque de los corsarios franceses. De noche se sentaba en el balcón a contemplar las sombras que deambulaban por las calles y a



escuchar a los sobrevivientes del feroz ataque de los franceses en mil seiscientos noventa y siete en el que la población disminuyó de siete mil cuatrocientas a cuatro mil seiscientas personas y del cual nunca se recuperaría comercialmente.

Durante mucho tiempo las noches no volvieron a tener tranquilidad y las madrugadas sorprendían a los habitantes tratando de adivinar los próximos atacantes y la forma de defenderse; en las épocas más críticas se establecían brigadas permanentes de vigilancia, que al principio las conformaban voluntarios de todas las edades, pero que en los momentos decisivos su participación era obligatoria.

Casi tres siglos después, Fulgencio vive solo en la casa donde Don Ciro guardaba el oro que se ganaba en la construcción de las murallas y en el fortalecimiento del castillo San Felipe de Barajas. Su vida después de jubilado como profesor de geografía universal en un colegio de bachillerato transcurre entre el recinto amurallado y la isla de Manga, a la que llega caminando sudoroso, haciendo un alto en lo más encumbrado del puente Román y mirando todos



los días a la misma hora el transcurrir lento de las aguas de la Laguna de San Lázaro, antes de llegar a la bahía. Su apellido y su familia empezaron a extinguirse a mitad del siglo veinte, cuando aún era joven y con ganas de casarse. Después de la muerte de sus padres, el restaurante de comida italiana que era el único patrimonio que les quedaba, se fue quedando sin dolientes y sus dos hermanas se fueron cansando de atenderlo.

Por muchos años fue el único sitio donde se reunía toda la generación que tenía algo que ver con la península itálica en Cartagena, a comer espaguetis a la carbonara y ñoquis a la romana, cuyos sabores quedarían para siempre grabados en el paladar de los que tuvieron alguna vez el privilegio de degustarlos en aquel recinto que estuvo ubicado en plena Calle de la Carbonera. En sus paredes blanquecinas, colgaron siempre victoriosas las imágenes de muchas de las divas del cine italiano del siglo pasado. Desde la belleza imponente de Sofía Loren, hasta la inocencia marcada de Claudia Cardinale y toda una serie de recuerdos que denotaban la añoranza eterna no solo por Génova, sino por los acantilados imponentes del Mar Tirreno.



La verdad fue que el restaurante nunca estuvo en el proyecto de vida de Fulgencio; mientras sus hermanas entregaban el alma y el cuerpo día y noche por mantener el patrimonio de la familia, él nunca pensó colocarse delantales y ensayar todas las recetas que sus hermanas y sus padres ofrecían a sus clientes todos los días. Tampoco le gustaba saludar a los comensales y le confesaba abiertamente a Adalgisa, muchos años después, que solo iba para ver la fotografía de la sensual Silvana Mangano bailando el mambo. Nunca aprendió las complicadas recetas de cuanta pasta hay en Italia y escasamente, casi por mandato de su madre, aprendió a cocinar espaguetis a la carbonara, preparar salsa bolognesa y ñoquis a la romana. Luego de la muerte de sus padres, sus hermanas se cansaron de la vida entre tanto olor a salsas y pastas y se marcharon con sus maridos y sus hijos a Regio de Calabria en el sur de Italia. Se quedó acompañado de Celinda, una empleada de toda la vida y de los recuerdos, en la casa que ha resistido al paso del tiempo y la corrosión del salitre. Ahora se levanta a las ocho de la mañana y antes de bañarse lee la prensa muy superficialmente subrayando las noticias más importantes que tarta de memorizar y que



Adalgisa en la visita de la tarde se las complementa. Los acontecimientos sociales no los mira nunca, porque Adalgisa seguramente se los comentará mejor que las páginas del diario. Por eso al llegar la tarde casi siempre se entera de algo nuevo, que aunque no le preste mucho interés, lo divierte un poco.

Conoció a Adalgisa en el año mil novecientos sesenta y ocho cuando coincidieron en el intento de conocer a Marlon Brando durante el rodaje de la película “La quemada” del director italiano Gillio Pontecorvo. La había visto varias veces en las tiendas del sector de La Matuna, antes de que el sol empezara a quemar, con una canasta de mimbre y una elegancia certera que siempre le admiró. Caminaba a paso necesario con tacones discretos y cuando terminaba las compras, bordeaba el Camellón de los Mártires; respiraba el olor a agua salada de la Bahía de las Ánimas y apresuraba el paso por la calle del Arsenal. Luego, extenuada por el sofoco, abordaba un taxi y se perdía por cualquier calle de Getsemaní, rumbo a la isla de Manga.



Muchas veces, sentado en el parque del Centenario en las esporádicas tertulias de ocasión con los pocos amigos que había cultivado en su larga soledad, la veía pasar serena y sin torcer el rumbo de la mirada. Todos se daban cuenta de la mirada infinita que adquiriría aquel hombre que la vida se le había ido de pronto dictando clases de geografía y haciendo crucigramas y muy de vez en cuando jugando dominó, cuando pasaba aquella mujer con un tinte de rareza que era más reconocida por sus extravagancias, que por su belleza serena.

En aquel mil novecientos sesenta y ocho la pudo ver de cerca, casi al alcance de sus deseos reprimidos. Ella se moría por tener de cerca al hombre que aunque nunca le sacudió sus cimientos por su arrogancia sí le despertaba una curiosidad singular y Fulgencio quería compartir con sus coterráneos que venían del norte de Italia a filmar en el trópico.

Aquella tarde en que se conocieron, las ventiscas del mar arreciaban en dirección norte sur y los actores extras que habían sido contratados para el rodaje de la película,



llenaban las fortificaciones y toda la explanada para la filmación. El sol empezaba a retirarse y los fotógrafos y todo el equipo técnico resguardaban celosamente a la estrella de “Un tranvía llamado deseo” que aparentemente no le importaba que el sol ardiente del trópico lo recalentara.

Lo vieron pasadas las cinco de la tarde y ella que sintió un estremecimiento raro, concluyó de inmediato que era más apuesto en el cine. Sintió su mirada de acero quebrándole la respiración y su ímpetu de hombre grande, casi inmortal, irradiaba una condición natural de dominio que cuando le firmó el autógrafo soñado, sintió que le transmitía aquel influjo providencial de los seres sobrenaturales.

Fulgencio que la estaba detallando muy atentamente, se acercó a una mujer desconocida como nunca lo había hecho en su vida y le dijo con un tono relajante, —recuerde que es un hombre común y corriente—.

Ella que nunca conversaba con desconocidos, lo miró certeramente y le reprochó; —es Marlon Brando—.

Esa tarde hablaron muy poco, pero Adalgisa que estaba acostumbrada a mirar muy poco a los mortales que la



rodeaban se percató de su estatura monumental y de su espalda que la podía cubrir en cualquier instante. Sus manos eran como de acero pulido. Sus ojos a pesar de ser profundos y un poco distantes despertaban serenidad como un mar aletargado y quieto, sin muchas olas y ausente de marejadas inquietantes. Sus pasos lentos y pausados denotaban la tranquilidad propia de las gentes del mediterráneo y su aliento a flores frescas invitaba a una cercanía deseada.

Trató de descubrir de inmediato un rasgo pasional fuerte que le indicara algún indicio de deseo hacía ella pero su inexperiencia en el asunto la condujo a la certeza que aquel hombre serviría para compañía, pero no para una pasión deseada. Sin embargo, esa misma tarde cuando visitó a Regina en la casa soleada del barrio del Cabrero, se sentó con la vista inyectada de un brío que rara vez se le veía, mirando el mar que se entraba por la puerta principal, susurrante y atrevido. Empezó a balbucear el instante en que Marlon Brando rozó su mano en el momento de firmarle el prodigioso autógrafo y volvió a mirar su frente bravía y su porte de hombre inmortal e invencible. Conservaría aquel instante eterno en lo que le quedó de vida y a pesar de volver



a ver su imagen voluptuosa y decadente, treinta años después, siempre, hasta el primero de julio del año dos mil cuatro cuando murió agobiado por sus enfermedades, mantuvo en el retrato preciso de su memoria excepcional, su imagen avasalladora que casi la doblega en Cartagena de Indias. Nunca tuvo ojos para Evaristo Márquez, el negro palenquero escogido mediante riguroso concurso como estrella invitada en la película, ni para el séquito de técnicos, muchos de los cuales se enamoraron en Colombia y se quedaron para siempre. Sin embargo la fotografía de Evaristo, ocupa la página central de un álbum dedicado a esa época grata.

Regina, que estaba acostumbrada a sus trances transitorios, se sentó en la mecedora que daba de frente al mar y empezó su desvarío en medio del relato. En muchos años era la primera vez que le oía una divagación de ensueño con un hombre que estuviera alcance de su vida. Le dijo con la vista perdida en el mar que Fulgencio Angelloni era un hombre alto como las palmeras que crecían en la isla de Manga y que bordeaban la bahía opacando el sol de vez en cuando; que



tenía las manos pulidas pero fuertes y que sus ojos, una tristeza escondida que lo hacía aun más interesante.

Regina, que conocía todas las estirpes cartageneras, le dijo que se trataba del último heredero en Cartagena de la familia Angelloni. Y que sus abuelos y padres habían sido los dueños del restaurante Postino de comida italiana, en la calle La Carbonera, en donde se había comido los mejores espaguetis de su vida.

Le dijo además que era un hombre casi indolente y que solo se había preocupado en la vida por dictar clases de geografía en un colegio sin mucho prestigio y que no había sido capaz de sostener el único patrimonio familiar cuando sus hermanas cansadas de su holgazanería se habían marchado a Italia en busca de los ancestros perdidos.

—Es un hombre buena vida—; lo dijo con la convicción que le daban sus años y su conocimiento profundo de Cartagena y de toda su historia.

Evocó los años sesenta, cuando las divas del cine italiano invadían las pantallas gigantes de cuanto pueblo perdido había en este país y de sus destellos de belleza y grandeza y



recordó las paredes blanquecinas de aquel restaurante que marcó una época en la buena mesa cartagenera.

Al igual que Fulgencio, extrañó siempre las fotografías reales de Gina Lollobrigida y Rossana Podestá, que recibían muy amablemente a los comensales.

—Era como cenar con ellas en la misma mesa—, evocaba siempre en medio del mar de recuerdos que le ayudaban a sobrellevar su soltería. No negó en aquel instante que ella también había soñado alguna vez con encontrarse en alguna playa encantada en Cartagena con Marcello Mastroianni. Sin embargo nunca se lo contó a nadie porque temía que la compararan con Adalgisa.

Adalgisa, no había detallado a Fulgencio porqué su mundo era casi artificial y las pocas horas que le dedicaba a este mundo real se le iban bordando o tejiendo por encargos manteles y tapetes, o cocinando sus platos favoritos o averiguando por la vida de todos los personajes que la desvelaban o soñando con la boda de algún príncipe europeo, pero nunca en la suya. Asistía muy discretamente a las bodas de personajes famosos de Cartagena siempre con el ánimo de



compararlas con las grandes bodas del siglo pero nunca con nostalgia de no poder asistir a la suya. En realidad, antes de conocer a Fulgencio, no había pensado en ningún hombre que estuviera a su alcance. Sus ímpetus pasionales por Porfirio Rubirosa se habían acabado en mil novecientos sesenta y cinco cuando el play boy murió en París. Y sus deseos infinitos por Warren Beatty, que se iniciaron en mil novecientos sesenta y seis cuando lo vio como una fantasía viviente en la película “Resplandor en la hierba”, se desvanecieron casi de inmediato al comprobar el carácter enamorado del Don Juan de Hollywood.

Cuando se enteró de la noticia del matrimonio del príncipe heredero, todo el arsenal nostálgico dormido en su alma se fue despertando como para renovarla para siempre. A pesar de que en el momento su reacción fue de desconcierto, poco a poco irían tomando en su ser abocado a una inmensa soledad, esperanzas de una nueva vida en aquella casa que se empezaba a caer lentamente por la vejez que se aproximaba inexorablemente. Esa noche cuando vieron todos los noticieros y la ciudad empezó a dormirse con el rumor del mar, tomó un café amargo para prolongar la noche. Caminó



al espejo de cuerpo entero, el mismo que había visto despertar sus sueños pasionales a los quince años, y se vio como era: su estatura no decrecía, pero la curvatura dorsal de su columna empezaba a doblarla; su piel se iba agrietando por el salitre y las vicisitudes de la vida; sus ojos casi de color de mar se profundizaban en la piel y la serenidad pasaba a ser opacidad; las manos se pintaban de pecas diminutas que alteraban el color aperlado que siempre estuvo inmune al ataque del sol; tenía aún las curvaturas perfectas de su contorno, pero alteradas por los excesos de grasa y las piernas ya no eran torneadas.

Reversó muchos años al comedor de la casa de Regina, el día en que conoció a Marlon Brando y a Fulgencio Angelloni, y pensó si querer, en la perorata eterna de aquella mujer que la veía como la hija que nunca tuvo. Había tenido al hombre que muchas deseaban en Cartagena sentado más de treinta años en su casa, todas las tardes y estaba soltera y sin ningún indicio a esta altura avanzada de la vida de virar su mundo a otros estados más placenteros.



Margot, atenta al romance estancado de su mejor amiga, siempre había pensado en algo muy raro que evitaba la culminación de aquel pretendido amor. Siempre que podía miraba detenidamente a Fulgencio tratando de descubrir, alguna prueba de su incapacidad de amar o de algún estado de impotencia que lo privara de la locura del amor. Le miraba la espalda ancha, por la que alguna vez moría en silencio; le observaba las manos grandes de seda y los pies descomunales que lo plantaban para siempre en la tierra, sin peligro de caerse; los ademanes pausados de actor de cine romántico y todo lo que trataba de esconder en los ojos color de Mediterráneo. Pero el paso de los años y el estado estático de aquel hombre la vencieron, como también la venció el intento de espionaje y el estado máximo de alerta que tuvo siempre sobre Adalgisa tratando de escudriñar en su interior, la razón prófuga de su soltería incomprensible o el inicio de una enajenación anunciada.

Mientras ella se deleitaba en Barranquilla o en Puerto Colombia en encuentros eróticos clandestinos y placenteros en los que el amor estaba siempre ausente, su amiga se quedaba todo el día esperando la visita de las cuatro de la



tarde y ensayando dulces, postres y recetas para variar el tedio de tantos años.

Después de conocerse en la filmación de la película “La quemada”, se volvieron a ver tres días después en el Portal de los dulces y de ahí en adelante se vieron casi todos los días de sus existencias. Esa vez, caminaron por la Plaza de la Aduana, hasta el Portal de los Escribanos y tomaron limonada fría, hablaron del tiempo cambiante que les auguraba aguaceros que nunca llegaban y amenazas de tornados lejanos que podrían con sus coletazos tocar el apacible recinto amurallado; de los calores de todo el año y de los olores a pescado que llegaban siempre de la Bahía de las Ánimas; de los veleros que se perdían impasibles en la línea azul del infinito marino; de los reinados de belleza que paralizaban a la ciudad por muchos días y de los delirios de todos los hombres por conocer a las reinas. Se miraron muchas veces a los ojos tratando de encontrar la verdad de sus vidas y de ahí en adelante se vieron muchas veces, antes que se iniciara el largo historial de las visitas de las cuatro de la tarde.



Para esa época Adalgisa ya deliraba con todos los personajes que estaban al alcance de sus ojos y oídos; estaba suscrita a todas las revistas y periódicos que circulaban en Cartagena y dedicaba medio día a su lectura minuciosa, teniendo el cuidado de subrayar los artículos y noticias que eran de su interés. Luego semanalmente recortaba y ordenaba en estricta secuencia cronológica y por orden de importancia, todo lo recortado y empezaba a guardar algunos y a pegar los otros en tomos improvisados para asegurar su integridad, en la lucha contra el tiempo y la polilla.

Fue una tarea de toda la vida. Ningún mortal en su vida fue capaz de interrumpir nunca su empresa y si de algo estaba segura en su existencia era de la importancia de lo realizado. Fulgencio así lo entendió desde el inicio de su amistad y nunca en los largos años de su romance se interpondría en su peregrinar por el mundo fantástico y frívolo de la vida social.

Era además una diversión sana y singular que no estaba al alcance de las personas de Cartagena. A medida que consolidaba su amistad con Adalgisa, fue abandonando a las pocas amistades que tenía; poco a poco se olvidó de las



partidas de ajedrez en el Portal de los Escribanos con Julio Cesar Espinosa, su contrincante y ganador en todas las partidas jugadas en tantos años. Se olvidó también de las tertulias en las tardes frescas del parque del Centenario. Se fue alejando de la casa de Benito San Martín en la calle de la Media Luna, un barranquillero afincado en la ciudad heroica, que hablaba todo el día de las glorias del béisbol colombiano, de los dos campeonatos mundiales ganados en luchas titánicas contra los grandes de la pelota caliente en el mundo y del olvido lamentable a que fueron sometidos los héroes de aquellas épocas.

Su mundo y toda su vida se fueron achicando y hasta la extensa colección de accidentes geográficos que inició con ganas de terminar algún día quedó inconclusa; abandonada en los estantes envejecidos de la que fue en alguna ocasión una biblioteca selecta. Celinda se limitaba a mantener aseada la casa y a tratar de preparar un almuerzo diferente cada día de la semana, para no perderlo y no quedarse sin empleo. Sin embargo a las dos de la tarde se quedaba sin trabajo y simulaba barrer basuras ilusas y sacudir el polvo que no entraba por ningún lado de la casa. Apenas Fulgencio se



marchaba aseguraba todas las puertas y ventanas y caminaba hasta los campos de La Matuna, a coger el bus atiborrado de gentes que abandonaban el centro con la ilusión de volver cada día en busca de una vida mejor. En el sector de Albornoz, donde vivió siempre, era mirada con cierto aire de sorna y de curiosidad por los vecinos que sabían que trabajaba para un solterón, por el que muchas mujeres se morían pero que prefería vivir visitando a una dama extraña que vivía en un palacete morisco de la isla de Manga, sin proponerle nunca matrimonio. Sin embargo su naturaleza simple y primitiva, no le permitió percatarse de aquella situación que era parte de su vida.

Con Celinda, perfeccionó las pocas recetas italianas que aprendió en el recordado restaurante Postino, para poder enseñárselas a Adalgisa, que con el tiempo las perfeccionó y las preparaba más apetitosas. Al principio de la larga historia de amor le enseñaba por la tarde a eso de las cinco y durante mucho rato aprovechaba para percibir su aliento de mujer casta. Su suave olor a jazmín; su latencia dormida y ante toda su entereza radical ante la vida.



Fue la época en que alguna vez la besó. La enramada de trinitarias estaba creciendo y sus manojos floridos se arrastraban por el prado como queriendo confundirse con el verdor perenne. Ella siempre recortaba los excesos y usaba las ramas cortadas para seguir repoblando el patio y toda la casa de la gratitud de aquella preciosa enredadera. Ella lo sintió acercarse y detuvo la respiración como nunca lo había hecho, conteniendo por unos instantes duraderos todo el torrente de deseos que como mujer soltera, tenía ocultos en su intimidad pasiva. Dejó que la rodeara con sus brazos de hierro forjado y sintió como nunca había sentido antes la sensación de juntar su vida y su carne con la de un hombre. Ocurrió una sola vez y aunque la oportunidad se repitió varias veces, aquella primera y única vez seguirían rondando su vida como un recuerdo nebuloso de un amor sin consumación.

Aquella noche de mil novecientos setenta y dos, más de tres años después que se conocieran, cuando se acabó la visita y sintió por primera vez los labios ardientes de un hombre quemándole la existencia, se quedó dormida en la mecedora espantando los mosquitos del verano que de vez en cuando



arreciaban. Vio entre las sombras que flotaban en las aguas serenas de la bahía, la figura de un hombre monumental coronado con una aureola perenne, enmarcado entre los luceros estáticos que se detuvieron para poder iluminarlo. Años después, un día antes del veintidós de diciembre de mil novecientos setenta y tres cuando las cortes aragonesas proclamaran rey de los Pirineos a Don Enrique Carlos de Vandervilt, soñaría en la madrugada con el mismo hombre pero cabalgando en un caballo altivo en medio de un bosque de pinos renovados en una primavera feliz.

Al día siguiente cuando le contó el sueño a Fulgencio, la pasmosa tranquilidad de aquel hombre impasible ante las vicisitudes de la vida, le indicarían de una vez por todas, que ningún hombre en la vida despertaría sus celos, por que definitivamente estaba muy por encima de algunos sentimientos terrenales.

—Él es un rey que vive muy lejos y tú, una mujer que vive en Cartagena—.



Lo dijo con la seguridad absoluta que le daban sus nervios apacibles y su tranquilidad estática que no dejaba que ningún suceso de la vida lo conmoviera.

Sin embargo, Adalgisa influyó en algunos aspectos de su vida a pesar de que solo lo reconociera en el fondo de su corazón. Fue ella quien lo indujo a que viajara en mil novecientos ochenta y dos al viejo continente a buscar sus ancestros perdidos en Génova o en las llanuras de Calabria y de paso pernoctara en la madre patria y se impregnara del fútbol mundial, dejando a un lado el marasmo diario del Caribe. Afortunadamente para su beneplácito le tocó ver de cerca el triunfo apoteósico del equipo italiano en una memorable final frente a los alemanes. En toda su historia de tranquilidad fue de las pocas veces que toda su humanidad se conmovió ante el torrente inusitado de júbilo que se despertó en toda España, en aquel verano grato.

Nunca pudo entrar a ver un partido por lo inalcanzable para su presupuesto, pero el día del triunfo se desparramó en una estela festiva que terminó celebrando dos días seguidos con unos emigrantes italianos que vivían en la calle San



Ildefonso a solo dos cuadras de la estación subterránea Antón Martín. Empezaron la parranda en las afueras del monumental estadio y caminaron por donde la multitud los arrastró, llevando consigo todos los deseos de derrochar la alegría que los inundaba. Para su vida tan pasiva fue como un estremecimiento que lo marcaría por muchos años y que contribuiría a estrechar sus ataduras con Adalgisa, quien a su regreso estuvo a punto de proponerle matrimonio.

Se vistió de lino verde limón para esperarlo y se maquilló discretamente resaltando sus ojos de mar sereno. Había cumplido cuarenta y un años y Margot que llevaba la cuenta detalladamente le insinuó lo que nunca le había insinuado en la vida.

El día anterior al regreso de Fulgencio se sentaron en el patio de las azucenas a refrescar la tarde que moría. Tomaron el café con un poco de azúcar y volvieron a viajar por el río Magdalena en medio de sus añoranzas eternas por recorrer los meandros y todas las riberas de ensueño de aquella corriente de agua caudalosa que siempre las sedujo, capoteando vendavales y soportando impasible la tormenta;



al igual que se debatió bravía, La Piragua de Guillermo Cubillos.

Margot por una vez en la vida se revistió de autoridad y le dijo que ya era hora de proponerle matrimonio a Fulgencio. Ella, impasible como siempre la miró por mucho rato y le prometió que lo pensaría. Al día siguiente cuando Fulgencio descendió del avión todos sus ímpetus de mujer dispuesta a buscar marido se desvanecieron inexplicablemente y es la hora en que no se lo puede explicar.

